



★
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

La triste vida de un colibrí

Francisco Javier Maximiliano Benavides Rubio

Una mañana desperté y me asusté al ver tal aberración: a mi alrededor no había casi árboles. Salí volando rápido, pero nada: todo vacío, había uno que otro árbol.

Lo peor es que me encontraba solo, no había nadie más que yo y esos seres raros grandes muy distintos a mí; creo que ellos fueron. “¡Fueron ellos, de seguro fueron ellos!”, exclamé.

No sabía qué hacer, porque ¿qué se hace en estas situaciones? Nadie está preparado para esto, tenía miedo y no sabía qué hacer, pero en eso se me ocurrió una idea: ¿Y si voy buscando a mis alrededores en árboles, flores, en cada rincón? Durante mucho tiempo, mientras pensaba que mi árbol, mi casa, había desaparecido, no estaba en ningún lugar, no me podía concentrar.

Fui por una flor que vi, eso me tranquilizó un poco y a la vez me extrañé al ver otro ser raro, pero esta vez sostenía una cosa cuadrada con un círculo apuntándome directamente; me asusté un poco, pero no me pasó nada. Después de eso, solo sonrió y se fue. Después de recuperar energías con el polen de la flor, me puse a pensar de nuevo qué hacer y recordé que yo estaba en el valle de Azapa, y lo que quedaba más cerca era una ciudad llamada Arica.

Había escuchado que en ese lugar habían desaparecido muchos colibríes, pero tomé fuerza y fui hacia Arica. No estaba tan lejos, eran unos kilómetros desde donde estaba. Me detuve unas cuatro veces a sacar polen de algunas flores

que encontré por ahí, y mientras iba volando vi a lo lejos muchos edificios que llegaban hasta el cielo. Mientras me iba acercando, se iban haciendo más grandes, pero ningún rastro de algún colibrí. Fui edificio tras edificio, pero nada: ningún colibrí veía y ya me rendía de nuevo. Me sentía solo, a pesar de estar rodeado de esos seres extraños para mí.

Ya se hacía de noche, estaba cansado y perdido, pero a lo lejos pude ver algunos árboles y eso me sorprendió, y sinceramente me pude tranquilizar reposando mi cuerpo en un árbol y cerré mis ojos esperando descansar de este día, deseando que fuera una simple pesadilla. Logré dormirme y soñar que estaba con todos ellos, mis amigos, vecinos y familiares, y eso fue agradable a pesar de todo lo que viví y sigo viviendo. Solo quiero que eso pase en realidad, quiero estar en casa con todos ellos como antes.

Desperté y desafortunadamente estaba en el árbol que estaba en Arica; me di cuenta de eso por los edificios. Estaba un poco cansado, sin energías y desorientado, aunque me extrañaba que hubiera algunos árboles, pero ningún colibrí aparte de mí. Aun me preguntaba dónde se podrían haber ido. Jamás nombraron algún lugar donde ir en caso de emergencia. Pensando en eso, seguía volando, y de un momento a otro sentí que tenía fe de nuevo. Vi algunas flores y en una de ellas había un colibrí, así que volé hacia él para preguntarle: “¿De dónde eres?”, y él me respondió: “Del valle de Azapa, ¿y tú?”. Me emocioné, porque me fijé bien y era uno de mis vecinos. Me miró y me reconoció, y me llevó con los demás; lo más gracioso es que estaba casi justo al frente de mis ojos. Estaban más cerca de lo que me imaginaba y eso produjo una sonrisa en mi rostro, lo que causó que mis alas revolotearan más que antes.

Estaban en mi casa, nuestra casa, o eso era lo que parecía ser una nueva casa. Es un lugar donde había varias flores y árboles; es un santuario y están todos mis amigos, vecinos y familiares. Se podían ver, también, hasta desconocidos que luego serían como mi familia.

Se acerca la noche de nuevo, pero esta vez estaba tranquilo; miré al cielo, vi varias estrellas y de un segundo a otro me dormí. Al despertar esta vez, estaban todos ahí y sentí que ahí era mi lugar.

Esos dos días aprendí que sin ellos no soy nada, y también, que el hogar es donde están los que más quieres.

Francisco Javier Maximiliano Benavides Rubio

14 años

Arica

Tercer lugar regional



★
REGIÓN DE TARAPACÁ

La Virgen de Guadalupe

Francisca Páez

Mi mamá me contó que hace muchos años, en la comuna de Camiña, específicamente en el pueblo de Chapiquilta, vivía un matrimonio con sus hijos. Ellos eran personas muy católicas que se dedicaban a trabajar en la agricultura.

Sucedió que un día la señora Angélica salió a trabajar y llegó cansada a su casa por la noche; se quedó dormida y tuvo un sueño en el que la Virgen le hablaba. Se despertó muy asustada, porque era algo muy especial lo que le estaba pasando; se quedó callada y prefirió no contarle nada a su familia.

Esta situación se hizo repetitiva, nuevamente soñaba que la Virgen le hablaba, hasta que decidió contarle todo a su familia, todo lo que la Virgen le decía en sus sueños. Les dijo que la Virgen de Guadalupe le había hablado y que se aparecería en el pueblo, y que en un nuevo sueño le diría dónde y cuándo lo haría; también le dijo que tenía que prepararse para ese día.

Las personas del pueblo empezaron a divulgar que Angélica estaba volviéndose loca; su marido también pensaba de la misma forma, pero ella estaba en su sano juicio y no le importaba lo que la gente dijera.

Los días pasaron y la mujer volvió a comunicarse a través de sus sueños con la Virgen, y esta vez le dijo: “Apareceré al frente del pueblo de Chapiquilta, donde estaba el antiguo pueblo que tenía el mismo nombre, pero recuerda: debes llevar un espejo para nuestro encuentro”.